

De cierto y en verdad heme aquí para todos vosotros, vuestro hermano Jaime, seguidor del Señor, que si bien en pocas ocasiones háchome he presente, debo deciros que este Ser fue uno de aquéllos, que antepusieron a todo lo que la vida material ofreciera, el seguir de las calzas del Señor y si bien no pude llegar a realizar todo cuanto hubiera deseado, por mi corta existencia, debo deciros también que el Señor, en su infinita misericordia, me concedió tener un alargamiento de mi misión a través de una carne en la Tierra, una de las cuales vosotros conocéis a través de una hermana vuestra muy amada; pero en fin, no he tenido este acercamiento para expresar acerca de este humilde Ser, sino lo que es menester para vuestro reconocimiento de una personalidad tan modesta, como entregada a las huestes del Señor; por ello sólo os digo que trato de expresarme en la forma adecuada para haceros saber que la ventura, la dicha que representa el servicio a mi Padre, es incommensurable, porque no existe cosa más bella que el poder mostrarse ante El, cuando retornáis vosotros como el hijo bendito, que siendo recuperado por su Padre, le entrega lo más valioso de poseer, un corazón pleno de ternura, unas manos limpias y honestas conque ha sabido laborar en su existencia y esa verdadera paz interior que representa esa paloma bendita que anida en los corazones limpios y llenos de bondad; es entonces que mi Padre, con una caricia, vuelve a reconocer en sus criaturas todo ese cúmulo de vicisitudes llevadas, todo ese caudal de energía derramada en aras de haber actuado como es menester y sobre todo esa entrega que sólo un verdadero hijo ha podido brindarle, pues para mi Padre, es como una unidad bendita la que tiene con cada uno de sus hijos, porque El se entrega a vosotros y cuando vosotros sois también entregándoos a El, se compacta esa comunión espiritual, que tan sólo vosotros podéis imaginar a nivel espiritual, como una etapa de grandeza, pero que si pudiéseris verla a mayores niveles, podríais contemplar con claridad que es una unión verdadera en la que se funden, la grandiosidad de mi Padre Eterno y clementísimo y la devoción del hijo grato que goza y se solaza en devolver a ese Padre maravilloso cuanto le ha entregado, como una joya que os hubiese sido confiada en vuestras manos y la devolvéis con mayor esplendor iridiscente, incólume, como habréis seguramente de retornar en espíritu al Creador.